

# A propósito de la violencia: una mirada del sociólogo a nuestra violenta cultura

José Luis Cisneros\*

La ola de violencia que vivimos los mexicanos, sin duda, no es única ni la más degradante de todas las violencias. Vivimos, al igual que muchos países del mundo, una violencia de carácter individual y colectivo. A esta primera tipología podríamos agregar otras cuatro más: la violencia estructural, la violencia institucional, la violencia delictiva y la violencia simbólica. No obstante, todas estas expresiones, no importa cuál sea, tratan de una violencia que trasciende el tiempo y el espacio para instaurarse en lo más profundo de la cultura de un pueblo, y convertirse en una amenaza no sólo para el individuo, sino para la colectividad, simplemente porque la violencia a la que nos referimos es una violencia construida socialmente que rompió sus diques de institucionalidad.

**E**sta aventura por conocer la violencia cotidiana y entender que ella recoge tanto a la violencia política como la violencia económica y la violencia social, se inició en mis años de estudiante aquí en la UAM-Xochimilco, con la lectura de una novela que, sin darme cuenta, marcaría profundamente el camino de mi formación profesional. Me refiero a *Pedro y el Capitán* de Mario Benedetti, la cual, como ustedes saben, es una obra tejida por el diálogo entre un representante de las fuerzas armadas y Pedro, quien es víctima de la persecución por su activismo ideológico de izquierda en Latinoamérica, durante las dictaduras

militares de las décadas de los setenta y ochenta.

En esos años, al concluir mi formación como sociólogo, los acontecimientos sociales se mostraban como un pastiche incoherente, el cual notoriamente me exponía la visión de una sociedad crecientemente desigual que ya mostraba síntomas obsesivos por la seguridad personal y el aislamiento social, como resultado del pavor de la creciente clase media, y de la cada vez más deteriorada condición económica de amplios sectores de la sociedad.

Sin saberlo, fui testigo del surgimiento de una nueva arquitectura del mantenimiento del orden, que se convirtió en uno de los principales protagonistas de la violencia dirigida al otro. Me refiero a una micro-violencia que recoge el sufrimiento expresado en el cuerpo y en la práctica cotidiana de la interacción del sujeto.

Qué paradójico, en esos años me tocó ver el fin de las violentas dictaduras, y el nacimiento de una sociedad más “democrática”. Al fin de cuentas, uno puede observar que hoy existen más muertos y más violencia que la que existía en aquellos años. Claro está que hoy esta violencia es mucho más transparente y disuelta, como resultado de las grandes multitudes provocadas por el desarrollo urbano que, en buena medida, también se han convertido en un medio para diseminar la inseguridad y el miedo; esos miedos ancestrales que en principio deberían haber sido resueltos por el progreso y que hoy se han acentuado. En este sentido, lo que hoy quiero compartir con ustedes son algunas reflexiones sumadas como resultado del estudio de la violencia, y que he venido recogiendo en los últimos años.

\* Profesor-Investigador de la UAM-Xochimilco. Integrante del Área de Investigación Educativa, Cultura y Procesos Sociales. <cijl0637@correo.xoc.uam.mx> <www.joseluisicisneros.com>.

## Introducción

Durante las dos últimas décadas del siglo pasado y los primeros años transcurridos de este siglo, los mexicanos hemos sido testigos de profundos cambios tanto en la escena nacional como internacional. Primero asistimos a la caída de los violentos regímenes militares en América Latina, y después a la de los regímenes totalitarios con la caída del bloque socialista.

Sin embargo, a pesar del fin de esta violencia policiaca y militar desmedida, en el horizonte se refiguró una nueva violencia estructural marcada por la imposición de un orden económico y político, que se colapsó en una crisis; crisis que no solamente es económica y política, sino también de valores, y que ha puesto al punto de quiebre a los modelos de regulación social; una crisis que fracturó la confianza y que dio pie a una galopante corrupción, impunidad e injusticia.

Mientras tanto, en el plano nacional la emergencia de una nueva dirección política del Estado por la sustitución del viejo partido oligárquico, y el fortalecimiento de una izquierda más de tendencia a la socialdemocracia, han dado origen a la aparición de una nueva clase política voraz y sin límites, emanada de la lucha social y de las filas del viejo partido gobernante, que se asume por encima de la misma ley, y la cual lejos de fortalecer el papel del Estado ha vuelto a éste el botín de nuevos grupos cuyos intereses partidistas acentuaron la ruptura de la capacidad estatal para garantizar la seguridad de los mexicanos y la integridad territorial.

Con la sustitución de la dirección del partido oligárquico México pasó de un Estado, dictatorial a un Estado de negociación, y en ese tránsito las fronteras de seguridad de los mexicanos se hicieron más inestables en todos sus órdenes: en su persona, en sus bienes y en sus emociones. Como consecuencia, la violencia marcó los procesos de la cotidianidad y la transformación social.

En este contexto, muchos mexicanos hemos puesto en duda la eficiencia del papel del Estado, y, junto con ello, el futuro de muchos de nosotros y de nuestras futuras generaciones, sobre todo porque la realidad que hoy se impone se encuentra plagada de múltiples dificultades: desempleo, bajos salarios, bajos niveles de educación, dificultades para acceder a un sistema de salud eficiente, así como una desbordada violencia marcada por la creciente criminalidad, la cual más de una vez ha producido desconfianza en nuestras instituciones.

Así la ola de violencia que vivimos los mexicanos, sin duda, no es única ni la más degradante de todas las violencias. Vivimos, al igual que muchos países del mundo, una violencia

de carácter individual y colectivo. A esta primera tipología podríamos agregar otras cuatro más: la violencia estructural, la violencia institucional, la violencia delictiva y la violencia simbólica. No obstante, todas estas expresiones, no importa cuál sea, tratan de una violencia que trasciende el tiempo y el espacio para instaurarse en lo más profundo de la cultura de un pueblo, y convertirse en una amenaza no sólo para el individuo, sino para la colectividad, simplemente porque la violencia a la que nos referimos es una violencia construida socialmente que rompió sus diques de institucionalidad.

Sin embargo, no quiero hacer una apología de la violencia que hoy vivimos, sobre todo porque bien sabemos que si algo alimenta los sentimientos y percepción de la violencia colectiva que se registra en nuestros días son las estadísticas, las imágenes y las narraciones difundidas por los medios de comunicación. Éstas sin duda se han vuelto un escaparate que nos muestra la expresión de una violencia cuya desmesura despliega en el imaginario colectivo nuevos horrores que no terminan con el solo acto de matar, pues pareciera que morir no es suficiente, y que se requiere además un desdoblamiento bordado por relatos de miedo, cuya sensación generalizada se afirma en las experiencias traumáticas y en la posibilidad de ser víctima de la violencia.

Me refiero a la historia de una violencia cuya historia nunca termina; la violencia física, la violencia dirigida a un sujeto es, pues, una violencia que extermina, que frustra esperanzas y que finca temores; una violencia que construye un imaginario del miedo y que se nutre de la violencia que nos muestra una seguridad engañosa. Ni qué hablar de las otras violencias, las que no se ven, las que se asimilan y se practican como expresión de nuestra cultura. No, de ninguna manera quiero discutir esa visión. Hoy quiero pensar la violencia desde su construcción y no desde su historia, lo cual sin duda es algo más complejo que el desarrollo de una simple idea: pensar la violencia desde mi disciplina de formación, la sociología, aun cuando me queda claro que la violencia no posee una teoría propia capaz de ser explicada y que, por el contrario, siempre será entendida e interpretada desde donde se mire.

En consecuencia, lo que sí puedo afirmar es la existencia de un conjunto de técnicas y métodos de investigación desde los que la violencia se ha construido como objeto de estudio, y con ello el despliegue de muchos aprendizajes asociados a intercambios y diferentes interpretaciones. De ahí que insista en afirmar que el propósito de esta exposición es presentar una reflexión de la violencia desde una interpretación sociológica, es decir, desde lo social,

entendido como el resultado de una construcción de las interacciones establecidas por el hombre; así, como consecuencia, la explicación y el sentido que adquiere la violencia obedece a una problemática social que exige pensarla como eje estructurante que da sentido al orden social. De manera que, desde esta perspectiva, la violencia exige ser vista como un proceso cuyos acontecimientos sociales subyacen a la historia misma del sujeto, quien a lo largo de los diferentes ensayos de la humanidad ha fomentado diversas formas de organización social, y con ello el uso de la libertad y el desarrollo para ejercer la violencia.

Por tal razón, la historia de la violencia, al igual que la historia del hombre, también se ha convertido en una obsesión que busca dar respuestas no a las transformaciones del hombre en su devenir histórico, sino al sentido de las formas del comportamiento, tanto individual como colectivo, que se constituyen en las formas básicas de una práctica social de la violencia; de ahí que no sea infructuoso abonar las siguientes interrogantes para su análisis:

- ¿Existe una teoría general de explicación de la violencia?
- ¿Existe una o muchas violencias?
- ¿La violencia que hoy vivimos es vieja o nueva?
- ¿Nuestra sociedad ha sido históricamente una sociedad violenta?
- ¿La cotidianidad está construida sobre la base de la violencia?
- ¿Qué factores intervienen en el sostenimiento de esta inmensa capacidad para convivir con tanta violencia?
- ¿Podríamos hablar de una tipología de la violencia?
- ¿Qué papel juega el imaginario del miedo en la construcción de la violencia?
- ¿La violencia ha sido el motor de las transformaciones sociales y del progreso del hombre?

Como podemos advertir, no se trata de preguntas retóricas ni escolásticas, por el contrario, tenemos que admitir que si bien a lo social puede arribarse desde diferentes definiciones, lo mismo ocurriría con la violencia, de suerte tal que ésta, en tanto significación polisémica, puede verse como acepción de diferentes comportamientos.

Así entonces, lo social no se constituye en un objeto preestablecido que pueda abordarse de manera consciente y sería para producir conocimiento sobre él, por el contrario, su definición es solidaria con ciertas formas de pensamiento, mediante las cuales los hombres intentan dar cuenta de su propia existencia, de sus mitos, religiones, filosofías, tratados morales, conflictos y tensiones, a través de determinadas

teorizaciones; sin embargo, todas, sin distinción, apuntan a legitimar un orden establecido y a proporcionar un conocimiento sobre él (Berthelot, 1991). Algo similar ocurre con la violencia en la medida en que ésta siempre estará definida por el punto de vista de quien la interprete, o bien por la posición de la víctima o el victimario.

Veamos entonces la manera en que la violencia, como comportamiento o sentimiento manifiesto, se ha expresado a lo largo de la historia del hombre a través de oposiciones y dicotomías como la paz, en tanto opuesto de la violencia, o bien como las nuevas y viejas formas de violencia: la física y la simbólica, la legítima y la ilegítima, la manifiesta y la latente. En fin, todas ellas se han constituido en un núcleo de ideas caracterizadas por formas variadas de explicación de la violencia; sin embargo, lo más importante en términos del pensamiento sociológico es que este conjunto de ideas en su recorrido generó una preocupación en torno a su significado, su razón y su presencia en muchos de los actos de lo humano.

En este recorrido de ideas uno puede encontrar un despliegue de cientos y miles de escritos que describen minuciosamente muchas manifestaciones y actos de violencia a lo largo de la historia del hombre en la sociedad; hechos que se acumulan de forma escrita y que no han bastado para encontrar una explicación contundente que dé sentido a la preocupación por el conocimiento de las raíces de la violencia social, de sus causas, consecuencias y efectos en el otro.

Por el contrario, estos cientos de horas invertidas en la producción de un conocimiento sobre la naturaleza violenta del hombre se han constituido en el motor que mantiene activa la marcha de la investigación social. No obstante, uno tendría que preguntarse: ¿qué respuestas han encontrado las ciencias sociales al fenómeno de la violencia?, o ¿tenemos que conformarnos con describir lo real cuando este fenómeno social adopta la cara repulsiva del desamparo humano? No olvidemos que la sociedad es hija de la historia y que los hombres son sus actores; en consecuencia, pensar el papel que ha tenido la violencia social en la evolución e historia de la humanidad no es sólo querer aprender su sentido y lo que se pone en juego en su devenir. Por el contrario, lo que en realidad se busca es construir dimensiones epistemológicas cuyo conocimiento se encuentra asociado a las ideas y los hechos, con el propósito de caer en la denuncia y la lucha contra el interés estatal y el control sociales a favor de las preocupaciones humanas (Berthelot, 1991).

Recordemos cómo desde tiempos muy tempranos tanto la filosofía como la historia y la sociología, pasando por

la criminología, se iniciaron en el análisis del fenómeno de la violencia, lo que dio lugar a muchas descripciones, las cuales sin saberlo estaban constituyendo los primeros frutos de un conocimiento científico social de la misma. Tal sería el caso de Augusto Comte, Voltaire, Montesquieu, Giambattista, Saint-Simon y Alexis de Toqueville, entre otros, quienes pusieron atención tanto en el comportamiento como en las acciones del hombre, en sus formas de organización y en la creación de sus instituciones. Posteriormente, con el legado de Durkheim y sus maravillosas obras, *La división del trabajo social* y *El suicidio*, el estudio del comportamiento social adquirió otro significado.

Debo aclarar que no propiamente estos teóricos de la sociología desplegaron un discurso articulado, como hoy lo conocemos, del fenómeno de la violencia; por el contrario, son pioneros en poner atención al estudio de las tensiones y conflictos entre los hombres, cuyas acciones se encuentran cargadas de violencia de unos contra los otros. Todos ellos cuentan de manera detallada y precisa la historia de los diversos momentos y comportamientos que han formado la historia violenta de los hombres. Las aportaciones de estos pensadores a las ciencias sociales se han constituido en un conjunto de métodos, procedimientos de registro y categorizaciones que han servido no sólo a la sociología, sino que abrieron camino a otras disciplinas y ciencias para el estudio del comportamiento humano.

Así apareció Marx, cuyo pensamiento influyó profundamente en la conceptualización del conflicto y su explicación de las relaciones sociales orientada por la dominación de unos sobre otros. Posteriormente vino el abono de Max Weber en términos de la acción social, así como los aportes de Georg Simmel al entendimiento de la importancia que adquiere la interacción social, sólo por mencionar a algunos de los tantos que han dado luz argumentativa en el camino de la construcción de un conocimiento social del hombre en general, y de la violencia en tanto comportamiento adquirido.

Siguiendo estas referencias, los autores nos demuestran cómo lo social es el resultado de la domesticación de la violencia, al ser instituida para su regulación en un conjunto de instituciones sociales que hacen visible los caminos que ha transitado, hasta lograr paulatinamente la centralización y el monopolio del ejercicio de la violencia por parte del Estado.

En consecuencia, lejos de pretender encontrar una respuesta general a las múltiples manifestaciones de la violencia que hemos señalado, y de las cuales somos testigos de manera cotidiana en una urbe como la nuestra, más bien

reuniones como ésta nos convocan a un diálogo desde diferentes ángulos y posiciones, para ofrecer un arsenal de información e ideas argumentativas con relación a las causas y orígenes de la violencia. Lo que implica no manifestarse a favor de unas o de otros, y mucho menos utilizarlos como mecanismo de explicación de un problema que no sólo es local, sino que posee múltiples aristas. Es más bien, desde mi punto de vista, un fenómeno que se ha venido observando con mucha mayor frecuencia y detenimiento durante las últimas décadas, sobre todo en las grandes ciudades del mundo; un fenómeno que se percibe cotidianamente en el incremento de la delincuencia, así como en la aparición de nuevos fenómenos desencadenados por el uso excesivo de la violencia en todas sus expresiones. Y es desde aquí donde mi perspectiva como sociólogo, donde la violencia como práctica y como sentimiento, adquiere relevancia, pues el conjunto de estas percepciones en la sociedad genera, por un lado, una sensación de inseguridad y, por el otro, un despliegue de interpretaciones desde diferentes disciplinas científicas y posturas políticas e ideológicas.

Así la percepción de la violencia en la vida contemporánea se ve retroalimentada por las imágenes de los hechos difundidos, y por lo narrado de encuentro en encuentro, proceso en el que los medios de comunicación de masas juegan un papel central en la construcción del sentido que ésta adquiere, pues al magnificarlos y hacerlos espectaculares producen un efecto de alta vulnerabilidad en los sujetos y en determinadas regiones, zonas o lugares, reduciendo la realidad de las ciudades a simples confrontaciones entre el bien y el mal, entre zonas seguras e inseguras, y entre policías y ladrones.

Dichas confrontaciones, debo insistir, se deben en parte a las imágenes que difunden los medios de comunicación, los cuales ejercen una influencia y norman la percepción e interpretación de la violencia que hoy se vive. Así la difusión de las imágenes, sin duda, consigue una condición emocional que produce efectos de vulnerabilidad en los sujetos al redefinir la dimensión de su espacio habitado, vivido, valorado y practicado. También estas confrontaciones son el resultado de un Estado debilitado e incapaz de poner límite a los abusos y arbitrariedades de los sujetos, lo que se muestra en una lucha inevitable por la supervivencia (Sofsky, 2006).

## Interpretar la violencia

La experiencia cotidiana del uso y la práctica de la violencia de todos los que habitamos las grandes urbes se encuentra reforzada por el desarrollo tecnológico emprendido por los medios masivos de comunicación. Dicho desarrollo

tecnológico ha logrado una transformación en la percepción tradicional que comúnmente se tenía de los actos de violencia, e incluso hoy responde a las necesidades de los propios consumidores, lo que crea una influencia recíproca entre actitudes y la formación de un imaginario social de la violencia.

En consecuencia, se está frente a una percepción distinta de aquellas acciones y acontecimientos catalogados como atroces hasta hace apenas unas cuantas décadas atrás, por dos razones que consideramos fundamentales. La primera sería el hecho de admitir que la difusión de imágenes impúdicas por parte de la prensa era un acto no común dado el control y la moral que los diarios mantenían en una sociedad como la nuestra. Por ejemplo, desde sus inicios la prensa se encargó de registrar y señalar aquellos acontecimientos violentos que marcaron el rumbo de la historia. El caso más típico fueron aquellas imágenes que nos mostraron la amputación de la pierna de un soldado combatiente en la guerra del 47, el cadáver de Maximiliano, así como las magníficas fotografías de la guerra de castas, todas las cuales en conjunto prefiguraron elementos que invocarían constantemente la relación entre historia-fotografía y violencia. Imágenes que en el discurso de la configuración de la paz y el progreso de una historia como la nuestra retrataban la violencia, la sinrazón, la fealdad y el mal, en los incipientes medios de comunicación masiva, particularmente en la prensa (Montfort, 2000).

La segunda estaría en el hecho de reconocer que con la incorporación de los medios electrónicos, y la reorientación de ciertos valores dados por una nueva ética de mercado, se posibilitó el crecimiento de un público cada vez más amplio y variado, donde la difusión de estas imágenes se convirtió en una mercancía cada vez más atractiva que obligó a romper los límites de lo que se exponía en las primeras planas de ciertos diarios.

El idioma de la nota roja, tremendista por necesidad, cargado de epítetos truculentos, es la aproximación más conocida a la descripción de los hechos, de manera tal que las imágenes provenientes de la nota roja y las pasarelas de cadáveres y criminales vueltos show, sustituyen cualquier tipo de razonamiento por la expresión de “pavorosos asaltos, crímenes monstruosos, delincuentes satánicos y horripilantes encuentros macabros”. Esta perversa fascinación por las grotescas imágenes de la nota roja exorciza mediante su morbo la violencia, ubicándola como un suceso remoto. De hecho, al incorporarla como espectáculo en los medios de comunicación, el morbo adquiere el estatuto de una técnica terapéutica que nos cubre y nos aleja de

la violencia. Actúa, digámoslo así, de manera inversa, como lo hace el chisme, pues éste nos incorpora a la intimidad ajena, mientras que el morbo los aleja de la desgracia de los acontecimientos. En consecuencia, la condena a la violencia, “hija bastarda de la televisión”, es tema recurrente en los medios informativos<sup>1</sup> (Monsiváis, 2000).

La audiencia de hoy de los medios de comunicación es compleja, pues se encuentra conformada de receptores muy distintos: algunos interesados en lo eróticamente macabro de sus imágenes, sus encabezados y sus alucinantes crónicas; otros, en la percepción de sus ideas; y finalmente están aquellos que sólo se nutren de ellas, como una mera práctica de su profesión<sup>2</sup>. En este sentido, la construcción social de un imaginario de la violencia en la ciudad, definido y difundido por los medios de comunicación, ha propiciado en buena medida determinados tipos de comportamiento y tensión en las relaciones sociales de la ciudad. Así, los diferentes grados de intensidad de la violencia, y los esfuerzos por tratar de explicar, diferenciar y comparar las diversas acciones que propiciaron los comportamientos violentos, han generado diversas reflexiones con el propósito de crear instrumentos para medir y diferenciar los tipos de violencia desde una escala objetiva y subjetiva de su intensidad.

Debemos subrayar que muchas de estas reflexiones provienen de disciplinas como la biología, la teología, fisiología, la medicina, la psicología, la antropología, la filosofía, la criminología y la sociología. Estas disciplinas han generado literatura innumerable que puede clasificarse *grosso modo* en dos matrices para su análisis: la primera, alimentada por ensayistas que insisten en construir y definir la violencia a partir de descripciones y narraciones de acontecimientos, desde los cuales se hace una descripción catastrofista y amarillista de ésta en la ciudad. Dentro de este grupo destacamos los estudios estadísticos que se encargan de registrar e identificar los actos violentos. Esta perspectiva nos ofrece un conocimiento incompleto y parcial de la violencia.

La segunda matriz de análisis está centrada en una serie de interpretaciones sobre los actos de violencia y los factores intermedios que propician y modifican su acción. Este tipo de estudios ofrece una reflexión un tanto

<sup>1</sup> “Si no hay sangre, no hay foto”, dicho entre fotógrafos de nota roja en México (Kurnitzky, 2000: 37).

<sup>2</sup> Una de las principales atribuciones que trae consigo la nota roja, es la contribución al registro histórico de la violencia urbana que trajo la modernización. Sin embargo, los fotógrafos de prensa, ansiosos de publicar a como dé lugar, suelen apoltronarse en los ministerios públicos, anfiteatros, hospitales, etc. De ahí, que no sea extraño que hoy sean catalogados como los buitres de la desgracia y el dolor humano.

más profunda en la medida en que crea conceptos desde enfoques teóricos concretos.

En conjunto, estas dos grandes perspectivas de interpretación, preocupadas por buscar una respuesta a la violencia social urbana, lejos de hacer claro el horizonte para brindar posibles soluciones, han multiplicado la multitud de interpretaciones.

## La violencia urbana

La cuestión de la violencia en un espacio urbano como el de la ciudad de México se nos muestra como una paradoja, dado que se asocia, por un lado, al repudio público en contra de la violencia y su dramatización, y, por el otro, a un incremento constante de la demanda de estas imágenes, las cuales poseen una gran proyección mediática respecto del imaginario social de estos acontecimientos que fluyen vía las imágenes cinematográficas y de la televisión, producto de una creciente cultura generalizada que expresa los contenidos de la violencia, y de los cuales parece ser que nadie es capaz de darse cuenta de los efectos y las consecuencias que tienen en la población que los consume.

Así, el repudio de la violencia y su dramatización son producto de la experiencia personal y de su transformación en determinismo de una concepción melodramática, encausada por los discursos, reportajes, análisis académicos y relatos personales en torno de acontecimientos ocurridos. De esta visión se desprende una imagen de ciudad indefensa, acorralada en un callejón que aguarda la puñalada terminal. Una ciudad cuyas metáforas folletinescas extinguen interminablemente a las víctimas, y divulgan la existencia de nuevos crímenes expresados en un lenguaje melodramático que se impone sobre las versiones objetivas. Una versión melodramática de la violencia que desdichadamente se convierte en algo real, intangible y omnipotente que hace inútil la voluntad de actuar o intervenir cívicamente. En este sentido, el repudio a la violencia y su visión melodramática construye y facilita la asimilación de un paisaje trágico (Monsiváis, 2000).

Otro argumento a favor de la paradoja antes mencionada radica en reconocer que a nadie le cabe duda de que estamos frente a una serie de acontecimientos que se vuelven un obstáculo para la construcción de los vínculos de sociabilidad, debido a que se presentan como límites fronterizos que causan ruptura entre la confianza y credibilidad depositada en la responsabilidad de las autoridades públicas, tal sería el caso de la constante difusión de la corrupción policiaca y judicial. En este sentido, el problema de la violencia urbana no es privativo sólo de megalópolis

como la nuestra, pues su desarrollo voraz amenaza también a ciudades como Nueva York, Tokio, Sao Paulo, Bangladesh, Bangkok, Osaka, Los Ángeles, Londres, Berlín, etcétera.

Las imágenes de la violencia volcadas en la cotidianidad de los actos de quienes habitan la ciudad se asumen como acontecimientos trágicos dibujados o nublados por el velo del horror que nos acecha. De manera tal, que la violencia modifica los ritmos y el comportamiento de la vida urbana, la cual se rige por la representación de una victimología pueril, donde las personas anochecen con alivio de sobrevivientes, y amanecen convertidos en víctimas en potencia. Dichas imágenes construyen estereotipos de algunos espacios o regiones catalogados como más violentos. En un contexto global, son espacios percibidos como profecías exterminadoras a corto plazo de todo aquello que nutre los escenarios del pavor; colonias, barrios, callejones, avenidas y bajos puentes, son contemplados como espacios cuya realidad cotidiana se dibuja de manera trágica por el horror que los acecha, lugares concebidos como el refugio de ladrones de automóviles o de asaltantes; son lugares o sectores propios de la delincuencia cuyo capítulo se agrega como uno más a las oportunidades de empleo y de entrenamiento para el delito como patrimonio familiar; lugares cuya distribución de tareas e intercambio de productos del robo conforman complejas macroindustrias del despojo. En fin, son lugares que se afirman y se divulgan por lo escalofriante de sus dramáticas historias difundidas (Monsiváis, 2000: 21). Lugares de la obsesión informativa de los medios de comunicación que vuelven la fragilidad de sus acontecimientos en un tema central de la descomposición social de nuestra sociedad.

El predominio de estos acontecimientos violentos pudiera estar producido por el mismo orden político y por la falta de estrategias de contención. Sin embargo, también podría admitirse que la violencia ha sido históricamente un elemento decisivo en la formación de la sociedad, de manera tal que la domesticación de ésta, así como la limitada aceptación sublimada en las diferentes dimensiones culturales de la civilización, han sido consideradas como un elemento fundamental de la constitución del sujeto en la sociedad<sup>3</sup>.

Lo fragmentado de estos acontecimientos violentos de la ciudad edifica las condiciones para una representación social de la violencia interiorizada en cada uno de los que la habitamos, expresada tanto en la comunión como en las

<sup>3</sup> Es importante subrayar que el sentido de la violencia es un término propiamente ambiguo, pues su significado se establece a través de procesos políticos. Así los tipos de hechos que se clasifican varían de acuerdo con quien suministra la definición y quien tiene mayores recursos para definir y hacer que se aplique su decisión (Del Olmo, 1975: 296).

experiencias personales vertidas e intercambiadas tanto por el ritmo del rumor, como por la escenificación de sus acontecimientos que propician, en buena medida, una percepción fragmentada de la violencia. Una violencia que se impone en la ciudad con el temor a sus calles, las cuales terminan cercadas por cientos de miles de toneladas de rejas que las vuelven un campo minado en el que proliferan cientos de compañías de seguridad privada.

Esta falta de estrategias de contención contra la violencia, o mejor dicho, la falta de una perspectiva explícita que diluya este tipo de acciones, podría ser atribuida a la incapacidad propia de cada uno de los actores de la ciudad para evitar el abismo social en el que gravitamos, y por afeccionarnos a querer encontrar una respuesta ante un horizonte lleno de claroscuros. Un horizonte que se configura desde la lectura de un mundo binario, cuyos polos, aparentemente antagónicos, son el resultado de las caras de una misma moneda. En otras palabras, el fenómeno de la violencia no es un problema de unos cuantos, es un problema de todos en la medida en que la interacción de violencia aparece como una forma extrema de supervivencia relacional. Es, por decirlo así, una relación paradójica en la que sólo se puede vivir con otro a condición de destruirlo.

Desde esta perspectiva nos surgen los siguientes cuestionamientos: ¿cómo debemos leer el problema de la violencia?, como un signo del destino y de lo inevitable, o como la respuesta de un fenómeno individual?; o bien, ¿por qué no pensar que la respuesta pudiera estar en la esfera de lo intrapsíquico o que quizá tenga un basamento bioquímico, o que definitivamente la respuesta se encuentra en la expresión ritualizada y diferenciada de la cultura de un pueblo? La verdad es que no creemos que ninguna de las respuestas a estas preguntas sea la correcta dado que el fenómeno de la violencia no es un problema unidimensional ni unidireccional; por el contrario, es un problema multidimensional y de alta complejidad que en algunos periodos de la historia del hombre y en el desarrollo de su vida cotidiana suele ser de utilidad para resolver conflictos.

Estos juicios, lejos de acotarnos el horizonte para comprender la complejidad del problema, nos desbordan de sus límites y nos muestra la dificultad metodológica para definirla, dadas las diversas variables que la constituyen. Sin embargo, de manera obligada uno tiene que preguntarse: ¿cuáles serían aquellos mecanismos de contención capaces de dar solución a los acontecimientos crecientes de violencia que manipulan y conforman la imagen de una ciudad como la nuestra? Más aún: ¿cómo saber cuál sería la teoría más convincente para describir la atrocidad de sus propios

acontecimientos tratando de mantener un margen de objetividad alejado de la influencia de los relatos que manipulan en buena medida la visión y el discurso que uno configura de la violencia en la ciudad? En otras palabras: ¿cómo arribar a una explicación o emprender un ejercicio de interpretación objetiva de estos relatos, de manera tal que permitan desarrollar una teoría general de la violencia?

## Definiendo a la violencia

La palabra alemana “Gewalt” abarca un campo semántico más amplio que el término violencia, pues expresa a la vez poder de Estado y violencia individual. Esta palabra traducida al inglés significa “violence and power”, y en francés “violence et pouvoir”. Por su parte, la palabra compuesta “Galtung/strukturelle Gewalt” significa violencia estructural y personal; no obstante, la psicología se ha empeñado en interpretar a la violencia como la expresión de una agresión. Es, pues, según K. Lorenz, el resultado personal de la manifestación de una frustración. Por su parte, J. Dollard ha insistido en que es el resultado de una socialización. Sin embargo, cualquiera que sea el punto de vista con el que se pretenda interpretarla, hay que admitir que no se puede dar una sola razón debido a que existen teorías que tienden a demostrar la interdependencia de las normas que permiten la violencia física, y de las que impone la violencia social (Lossef-Tillmns, 1997).

En este sentido, al examinar el término de violencia uno puede destacar su contenido polisémico, del cual se desprende la existencia de diversos discursos que en la práctica se han construido en torno de sus múltiples dimensiones, dando lugar así a una variedad de tipologías. Si a ello agregamos que el sentido de violencia se encuentra atravesado por una gran variedad de campos disciplinarios, entenderemos la existencia de tantas interpretaciones y la razón por la cual sus discursos tienden a ser fragmentados y apolíticos (Del Olmo, 2000).

El conjunto de estas características ha impedido, por un lado, el desarrollo de una teoría general de la violencia, y, por el otro, comprender que la noción de violencia se convierte así en un concepto propiamente político, lo cual empeora la dificultad para definirla con precisión, en la medida en que es producto de una compleja combinación de dimensiones que incluye los contenidos que la generan.

En consecuencia, es una noción empleada indistintamente para enunciar un conjunto de hechos y situaciones completamente heterogéneas que parecieran no tener ninguna conexión entre sí. Por ejemplo, lo mismo implicaría

un intercambio agresivo de palabras que un escrupuloso homicidio o el fraude de un cheque sin fondos. Es, pues, un término vago y abierto a todo abuso lingüístico, con el que se han formulado tantas definiciones como manifestaciones posibles pudiera tener. De ahí que ésta pueda ser clasificada según la persona que la sufra: mujeres, niños, ancianos, discapacitados, homosexuales, etc.; o bien según su naturaleza de agresión, la cual puede ser física, psicológica o sexual; o también según los motivos, los cuales pueden ser políticos, raciales o culturales; o según el lugar donde ocurra, como pudiera ser la casa, el trabajo, la calle o la escuela. Ahora bien, si a esta clasificación agregamos que la violencia posee actores, formas y móviles, entonces uno puede deducir su multicausalidad. Más aún, si agregamos que cada una de estas clasificaciones tiende a ser construida en escenarios sociales, entenderemos por qué también suele hablarse de violencia política, violencia económica, violencia social, violencia intrafamiliar, violencia laboral, etc. (Del Olmo, 2000).

No obstante la diversidad de interpretaciones desde las cuales se puede definir la violencia, se puede deducir que lo peculiar de todas estas acepciones es que pueden actuar interrelacionadamente, con lo cual su comprensión se complica y, a su vez, proliferan otras interpretaciones dadas en torno al sentido y significado que pueda adquirir la violencia.

## Interpretación social de la violencia

La realidad social ha tomado por asalto a los modelos contruidos para explicar un fenómeno que es propio de la sociedad y que se oculta bajo la máscara que cubre el rostro de la violencia social. Violencia que se ha vuelto sinónimo de una realidad que ha emprendido una vertiginosa carrera que intensifica sus propias contradicciones.

El escenario de una sociedad con tales características vive problemas relacionados con conflictos armados, delincuencia, narcotráfico, corrupción y la lucha por el poder político entre grupos o partidos. Estas contradicciones han adquirido una dimensión global; sin embargo, las interpretaciones expuestas por aquellos científicos sociales dedicados al estudio de la violencia no se han cansado de insistir que la razón de tal comportamiento en la sociedad tiene viejas causas: la dependencia, el subdesarrollo, la pobreza, la marginación, el racismo y la sobreexplotación. Desde esta perspectiva, la violencia sólo puede ser leída como aquel efecto múltiple que gravita en el espacio de la condición económica, política y cultural, y que incluso ha llegado a adquirir dimensiones morales producto de la crisis del malestar del individuo en la sociedad.

El conjunto de las interpretaciones vertidas desde este ángulo se encuentra anclado a la correlación del paradigma violencia-hombre, violencia-sociedad. En consecuencia, un abordaje desde esta perspectiva presupone comprender por qué muchos de los esfuerzos por buscar respuestas al fenómeno de la violencia parten del basamento conceptual de cultura en la medida en que ésta adquiere importancia, dado que de ella se determina la forma de interacción entre los sujetos y su entorno. Esta tesis nos permite comprender aquellos juicios que afirman que la razón última de toda manifestación y causa de violencia se encuentra ligada al desarrollo social. De ahí que no sea extraño admitir que la mayoría de los ejes de argumentación a favor de la explicación de la violencia se encuentren basados en la pobreza, la marginación, el abuso del poder, la corrupción y la impunidad.

Así, las diferentes interpretaciones que se han constituido en torno del fenómeno de la violencia social, y los múltiples esfuerzos aislados que se han atrevido a buscar una respuesta, han dado lugar a una amplia tipología de nociones de la violencia que guarda una estrecha concordancia con las condiciones históricas en las que se diseña la interpretación. Estas interpretaciones podrían ser conceptualizadas desde tres dimensiones: la primera como aquel proceso no explícito, es decir, una violencia histórica o estructural; tal sería el caso, como lo hemos mencionado, de la pobreza o la marginación, ambas formas catalogadas como manifestaciones tradicionales de violencia. Estos estudios en su mayoría parten de una concepción cultural fronteriza cuyo bajo desarrollo social está ligado al denominado modelo de explicación de la violencia estructural.

La segunda está dada por la percepción de aquella acción directamente observable en un sujeto o en un grupo de sujetos, cuyos actos son expresados como el sinónimo de una violencia real, abierta, cínica y depravada, que da como consecuencia el maltrato físico o la muerte.

La tercera es una concepción mucho más amplia contenida por la acción cultural; es decir, hablamos de la expresión de una violencia oculta y simbólica que sirve para justificar y legitimar los ductos de las redes diseñadas por las otras dos dimensiones anteriores, las cuales en conjunto conforman una relación de causa-efecto (Brajterman *et al.*, 1995).

En consecuencia, la violencia es vista como una de las vías primordiales para la construcción social de una realidad que habitualmente es reconocida por los sujetos como una fantasía dada por el mercado de consumo y por una ficción de la modernidad, la cual en muchas ocasiones juega un papel de mayor importancia que la misma realidad; e incluso desde la frontera de esta ficción es desde donde

el Estado usualmente justifica la violencia a la que recurre persuadiendo a la población de la justicia de sus acciones. Una violencia producto de un sistema social selectivo que diseña y forma una serie de mecanismos institucionalizados, a través de los cuales se logra un proceso de control social, sometimiento y exclusión. Así, la gente de hoy vive inmersa en diversos campos de violencia cotidiana: violencia generada por el tránsito automovilístico, de hombres y mujeres, de jefes y subordinados, de fuertes y débiles. Violencia que nos conduce cada vez más a encerrarnos en nosotros mismos y a enseñarnos que quienes la imponen y la controlan obtienen beneficios personales en la medida en que la violencia no sólo produce marginación, exclusión y fragmentación, sino que también integra a los sujetos mediante el uso y la socialización de su práctica. Esta perspectiva nos permite comprender entonces que el sistema de estructura social es violento por naturaleza propia, pues expulsa de los beneficios sociales a un gran porcentaje de los miembros de una sociedad.

Otra interpretación derivada de este discurso es aquella cuyo basamento de explicación pondera la dimensión de la vida cotidiana, de forma tal que la socialización de una práctica de la violencia puede ser entendida en la medida en que forma parte también de una representación social expresada en el ejercicio de configuración de un hábitus —según Bourdieu—, el cual adquiere un proceso doble de objetivación y anclaje que nos permite comprender la manera en que los hombres en sociedad representan sus relaciones entre sí y con el mundo en el que vive. Relaciones que dan cuenta de una cultura y de un mundo simbólico que se explica como una lengua a través de la cual se expresa el poder y las formas en las que se integran las redes de relaciones sociales que establecen los sujetos.

Así, la violencia desde esta perspectiva adquiere la capacidad de imponerse a cada sujeto bajo formas y prácticas simbólicas interiorizadas por medio de una cultura subjetiva que es compartida y reproducida de manera colectiva, a través de las actividades prácticas, conductas, pensamientos y juicios que forman parte de un orden cultural constitutivo de lo real y de la organización social. En consecuencia, la violencia es parte ineludible de una realidad material que se confabula con un campo de acción cultural, donde sus manifestaciones particulares y diferencias son comprendidas como una forma de vida que se hace sentir por donde quiera, mediante un lenguaje caracterizado por formas, ideas, conceptos, categorías o prácticas; estos últimos expresados en sentimientos colectivos socialmente ligados a emociones de diversa índole, los cuales se manifiestan por

la falta de participación de espacios culturales, sociales y políticos basados en la exclusión.

El hombre es, entonces, un sujeto encerrado en sí mismo; es el resultado de agudas y lacerantes injusticias y desigualdades marcadas por un desmoronamiento social de la vida pública, y el florecimiento del individuo y el retorno a la vida privada; del predominio de logros personales, la supresión del espacio colectivo y la aceleración de los tiempos históricos; la proliferación de los no lugares y los espacios del anonimato; la emergencia de nuevas reglas de exclusión desde los espacios urbanos; y finalmente el triunfo de la comunicación a distancia y los trazos electrónicos en los que se anida la violencia por la ejecución de un constante y abierto consumo de ésta, por la búsqueda de un placer por el placer mismo (Piccini, 1987).

Violencia producto de las grandes agencias de socialización dadas por la industria de la radio, el cine y la prensa, que, lejos de construir diques contra la violencia, la estimula. Sobre todo porque muchos de estos medios de comunicación antes eran lejanos para determinados grupos de la sociedad; hoy, sin embargo, son compartidos y asimilados por todos casi de manera instantánea, lo que los ha hecho convertirse en el referente filosófico de millones de niños, jóvenes y adultos que se encuentran hoy condenados al ocio y al desempleo.

Como podemos observar, una visión desde esta perspectiva, en términos generales, parte del supuesto de la explicación de la violencia entendida como una de las expresiones de la acción directa del sujeto; es decir, de aquellos hechos clasificados o tipificados por quienes tienen la posibilidad de narrar la percepción de tales acontecimientos. De ahí que no sea extraño encontrarnos con muchos escritos de naturaleza descriptiva, los cuales pueden ser catalogados como un inventario de aquellas percepciones agrupadas cuantitativamente de las acciones catalogadas como violentas, que lo único que logran es elevar el grado de intensidad de las situaciones que atemorizan a los sujetos. Un ejemplo claro serían las abundantes descripciones producto del narcotráfico, los índices de robos de vehículos, asaltos, violaciones, homicidios, secuestros, etc., que las autoridades y los medios de comunicación masiva se encargan fervientemente de socializar día a día.

## Ideas finales

Por tanto, bien podemos afirmar que la violencia es una espiral que tiene un efecto de bumerán que regresa al punto de partida, sobre todo cuando desgraciadamente hemos po-

dido observar que ha mostrado cambios en sus modalidades y un incremento en su intensidad, y que al incrementarse su difusión hemos logrado una suerte de vacuna que nos ha permitido una domesticación y familiarización de sus diferentes expresiones o dimensiones.

Esta multidimensionalidad de la violencia se ve alimentada por la fragmentación social, la desocupación y los estallidos sociales que a su vez encuentran respuesta en la represión y detención ilegal de sus actores, así como en la imposición exteriorizada de una cultura dominante que hace gala y muestra maestría en el manejo de la comunicación de masas, al despersonalizar al sujeto y masificar sus actos, al canalizar estereotipos y manipular la construcción social de la realidad y, más aún, al imponerle una identidad.

Al margen de lo anteriormente dicho, vale entonces decir que la mayoría de las modernas sociedades, en general, reemplazan sus sistemas de valores y control social y cultural, orientándolos hacia la reproducción y adaptación de una cultura específica por principios universales que definen tendencias, cambios en la evolución y no-organización, integración y estabilidad, no diferenciándose ya entre sociedades del primer mundo y el tercer mundo, pues éstas se encuentran saturadas de violencia, violencia instituida y violencia insurgente, individual y colectiva, moral e intelectual, física y psicológica; en fin, toda una gama de diversos tipos y calidades no concebidas en los tiempos pasados.

Dicho de otra manera, la violencia, como ya lo hemos mencionado, tiene raíces profundas en la sociedad, pues aquella se acrecienta y se agudiza en determinados periodos del desarrollo social; sin embargo, en una época como en la que vivimos, de crisis económicas, crisis de identidades y, paradójicamente, a la vez de crecimiento, la violencia encuentra una dimensión precisa para su desarrollo.

Época en la que muchos valores e instituciones se liquidan o languidecen y otros van brotando. Simplemente recordemos que la caída de la cortina de hierro, el fin de la Guerra Fría, el desmantelamiento del muro de Berlín y la aparición de un nuevo orden mundial, han impactado de forma tal en la cotidianidad de los actores sociales, que se han registrado los más profundos cambios, a tal grado que la escala valorativa ha sufrido reinterpretaciones que en buena medida han propiciado manifestaciones diferenciadas de violencia, y, junto con ello, ha acrecentado la diferenciación social que permite contemplar una cada vez más transparente sociedad violenta, simbólica y real donde todas las estrategias de sobrevivencia de los amplios sectores que viven en el umbral de la pobreza no son legitimadas de la misma manera ni por la misma gente.

Desde luego, ante todo esto, lo que está en el banquillo de discusión son entonces las manifestaciones de la desintegración social y el desquiciamiento universal de la violencia que adquiere formas legítimas de actuación

encubiertas en las nuevas redes de organización social, lo cual pone en entredicho la legitimidad de instituciones como la familia, la escuela, y particularmente instituciones totalitarias como la cárcel, que fueron creadas y estructuradas históricamente para “asegurar” el principio de un pacto social, de una justicia, de una equidad entre el castigo y la pena. Así, el hombre cae en un juego implacable en el que aparentemente no encuentra un escudo protector contra este fenómeno que transfigura cualquier acto de actividad integradora en conductas desintegradoras, que lo llevan al cambio de estructuras existentes con el fin de adecuarlas al propósito último de la rentabilidad, de las falsas conciencias, de las necesidades creadas; simplemente porque la violencia en general es ruptura y continuidad dependiendo de quién la aplica y de cómo la veamos. Algunos la contemplamos como un acto cruel y depravado; para otros, sólo guarda una relación directa con el principio de la competitividad y con la meta neoliberal de la persistente búsqueda de la autorregulación del mercado.

## Referencias

- Alcalde, J. (2001). “Radiografía de la Violencia”. *Muy Interesante*, XVIII(6).
- Brajterman, L. et al. (1995). “Sociedad, Estado y violencia en la Argentina”. (Ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología). México.
- Berthelot, J. M. (1991). *La construcción de la sociología*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Del Olmo, R. (2000). “Ciudades duras y violencia urbana”. *Nueva Sociedad*, (167).
- Del Olmo, R. (1975). *Los rostros de la violencia*. Maracaibo, Venezuela: Universidad del Zulia.
- Galeano, E. (1995). “Hay publicidad que estimula la violencia en los jóvenes”. *Semanario*, 11(8).
- Kurnitzky, H. (2000). *Globalización de la violencia*. México: Colibrí.
- Lossef-Tillmanns, G. (1997). “Los medios de comunicación y la violencia”. *Políticas Sociales en Europa*, (1).
- Monsiváis, C. (2000). “La política del melodrama”. *Clarín*. Disponible en <<http://www.clarin.com/>>.
- Montfort Pérez, R. (2000). *Yerba, goma y polvo; drogas, ambiente y políticas en México. 1900-1940*. México: INAH.
- Piccini, M. (1987). “Notas sobre violencia y cultura”. (Documento presentado en el II Foro Internacional de Comunicación). Lima, Perú.
- Torrice, R. (1989). “Bolivia: El rediseño violento de la sociedad global”. *Nueva Sociedad*, (105).
- Sofsky, W. (2006). *Tratado sobre la violencia*. España: ABADA Editores.